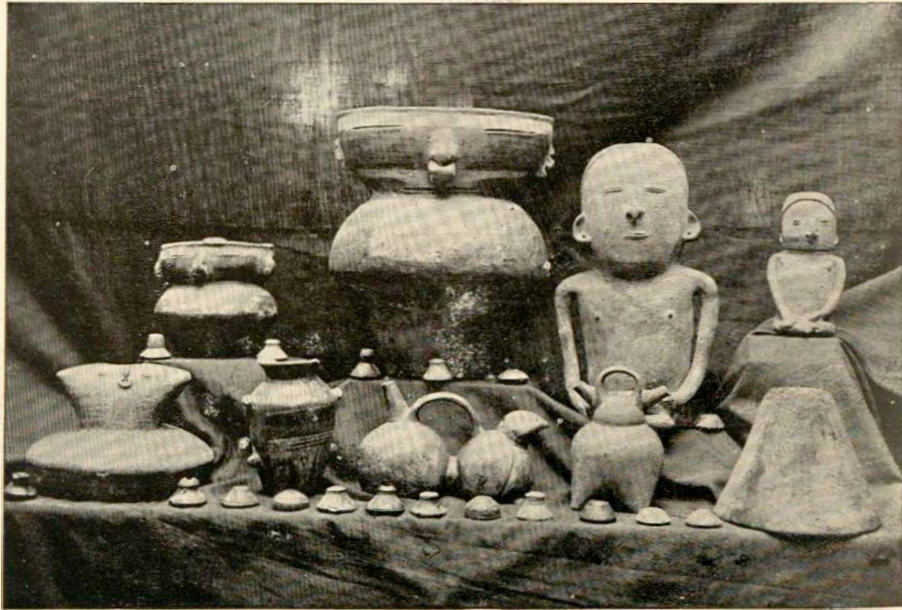


ANTIGÜEDADES



(SECCION DE "EL MENSAJERO")
Teléfono No. 153 - Apartado No. 266
Tercera Calle Real, Nos. 13-55 a 13-63
B O G O T A

OBJETOS DE ARTE
MUEBLES ANTIGUOS
ORFEBRERIA INDIGENA

LIBROS AGOTADOS
OBJETOS DE PLATA
MINIATURAS - OLEOS
COBRES - PORCELANAS

Del antiguo Cali



Capilla de San Antonio
(Acuarela de Restrepo Rivera)

atención de "Pan"

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos
pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio pos-
tal interior. Registro No. 118

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

ADMINISTRADOR: JOSE LLOREDA CAMACHO

Volumen XXXII - Bogotá (Colombia), Junio y Julio de 1937 - Nos. 315 y 316

Continuidad y progreso de Santiago de Cali

Discurso pronunciado en la Catedral de Cali
el 25 de julio, al celebrar el IV Centenario de
la fundación de la ciudad.

Excmo. Sr. Presidente de la República.—Excmo. Sr. Obispo
de la Diócesis.—Sr. Gobernador del Departamento.—Sr.
Presidente del Concejo Municipal.—Sr. Presidente de
la junta del IV Centenario.—Señoras.—Señores:

Delante de los hijos de esta ciudad “noble y leal” que
trae su origen de “la villa primogénita del Cauca”, no sé yo
qué rumbo deben tomar estas palabras panegíricas, ni cómo
han de condensarse su escasísimo poder oratorio y el
intenso fervor de predilección que las anima, para que el
elogio de este centenario resulte menos indigno de los fastos
que conmemoráis. Lo que sí veo con claridad es que, tradi-
cionalmente generosos y muníficos, habéis encomendado
a una voz forastera el saludo que con cuatro siglos de dis-
tancia enviáis a los claros varones que presidieron el orto
y aseguraron la vida de esta urbe. Identificados como estáis
con la opulencia histórica de Cali, celosos guardadores de sus
glorias, tan solícitos en la investigación de su pretérito como
galanos en describirlo, agudos para revalorarlo y diestros
en procurarle acrecentamientos, ¡cuántos habrá entre
vosotros que con plena autoridad y gentil donosura puedan
alzarse para glorificar esta fecha memoranda! Preferís, sin
embargo, que venga de otra parte el que ha de evocarla en
estas solemnidades y con eso os resignáis a escuchar pala-
bras sin aliño cuando os sobra derecho para exigir el buen-

cia genuina. Mas ya que no me sea posible ofrecéroslo, aceptad, señores, este balbuceo con que procuro traducir múltiples y variadas emociones, desde la muy honda y pía que me inspira la Providencia Dadivosa de Dios que en todo tiempo os ha asistido, hasta la patriótica que naturalmente se exalta en este solar de próceres incomparables; desde la admirativa y jubilosa que conmueve a el alma con visiones de hermosura edénica, hasta esotra emoción, toda sinceridad y gratitud, que es correspondencia a la merced y al honor que me estáis dispensando.

Pensando en este día y previniendo lo que había de decir en presencia de este concurso selectísimo, probé la sensación del que tiene delante de sí una corriente caudalosa que debe remontar hasta sus primeros raudales venciendo aquí la serena pujanza de las muchas aguas, allá el alboroto espumante en que se deshacen al embestir y socavar el estorbo de los pedregones y malezas, atreviéndose más lejos a la misteriosa quietud denunciadora de profundidades ignoradas. . . . Así me he imaginado lo que es vuestra historia y lo que es este empeño de desandarla, subir hasta sus comienzos y venerar en sus orígenes el primer impulso de esta prosperidad a que habéis llegado y de la que seguiréis acumulando en lo porvenir. De esfuerzos ingentes, de adversidades superadas, de empresas hazañosas, de expectativas fecundas, de proezas intelectuales, está formada esta corriente majestuosa que se dilata por espacio de cuatrocientos años en un territorio pródigamente aventajado en lo material y espléndidamente abastecido en lo humano.

Como las dotes y elegancias corporales suelen ser un símbolo de afinamiento y riqueza interiores, como la noble arquitectura es indicio de las actividades ordenadas que resguarda y abriga, así parece que los primores naturales, la templanza de los climas y la fecundidad del suelo sean una imagen de las energías que caracterizan a sus habitantes, o un pronóstico de las que desarrollarán para engrandecerse. Y bien podéis ufanaros por este aspecto de haber recibido a manos llenas cuanto puede servir de estímulo a la iniciativa creadora. Porque no quiso Dios daros tasadas las aguas en arroyos y torrentes, sino que os gratificó con un río anchuroso, espejo perennal de hermosura y vía perpetua hacia la inmensidad del mar, para que uno y otro recibiesen la superabundancia de vuestras riquezas: No quiso que os faltasen baluartes de granito ni que se echasen de

menos las altas cordilleras que resplandecen muy a lo lejos con tocas eternas de nieve y recatan bosques de leyenda en sus gargantas y veneros preciosos en sus quiebras. Entre los montes enhiestos y el mar remoto, os dio tierras de grosura que proveyesen de sitio y de mantenimiento a las generaciones advenideras. Y la mano del Señor, os preparó una morada vestida con las lozanías de todos los verdes, cuajó entre ellas mil suertes de dulzuras, las decoró con fantasía de inacabables floraciones, las animó con voces de selva y susurros de ramaje, echó en fin sobre todo una bóveda purísima que sólo deja de ser palenque abierto donde luchan todos los matices del azul, cuando da paso a las nubes portadoras de la lluvia benéfica o del fuego centellante. Así expresamos hoy eso mismo que en 1559 una Princesa Regente de España adivinó al daros por escudo de armas siete eminencias, aguas navegables y grandes arboledas, mar abierto y numerosas naves, marco y escena competentes para asentar a Cali, "Ciudad de oro", que así fue designada y no sin visión présaga, en aquellos antiquísimos protocolos heráldicos.

Dentro de la patria grande cuya paz y bienandanza constituyen un imperativo primordial para todo ciudadano, tenéis que atender con amor de reconocimiento y de sacrificio a esta otra patria que a veces se llama breve y chica no porque sean secundarios o de menor cuantía los vínculos que os atan con ella, sino precisamente porque en su seno, angosto como el de la cuna y circunscrito como el del hogar, es donde se acendran las virtudes y se aquilatan las modalidades que integrarán luego el carácter y la personalidad de la Nación. Ella es la unidad de gentes diversas, la alianza de un pueblo y de una tierra, casi siempre la comunidad de lengua y religión, y en todo caso una frontera sagrada e inviolable. Mas en el interior de la Nación, surgen y prosperan estotras demarcaciones del patrio territorio; cada una es un santuario de señalada tradición y en cada una persevera el ambiente de seculares leyendas y de consejas comunicables. Cada una venera en abolengos, linajes y apellidos propios suyos las reliquias intactas de la sangre que un día conquistó con bravura y audacia y otro día emancipó con altos hechos y hazañas heroicas. Cada una se canta a sí misma la epopeya sin par de sus fundadores y renueva sus bríos rememorando los afanes de este duelo con la naturaleza que en tierras tropicales es lucha descomunal y

gigantesca que a veces devora más vidas y deja más heridas e inválidos que muchas batallas campales.

¿No lo habéis visto así entre vosotros? Aquí el hombre ha vencido a la tierra, sin mancillarla la ha doblegado a su voluntad, ha echado embarcaciones sobre las espaldas ociosas de los ríos, ha abierto caminos por los despeñaderos y multiplicado la llama familiar en las soledades; ha hecho praderas de las cerrazones selváticas y de los peñascales plantíos; ha tendido sobre la falda de las montañas el manto recamando y multicolor de los sembrados, y como signo y promesa de celeridad en las comunicaciones y de vinculación estable, ha hilvanado los montes y los valles con cintas de acero y ha traído a sus cielos el rumoroso vértigo de las alas mecánicas.

A su turno la tierra, el suelo natal ha obrado sobre el hombre, le imprimió su sello, agujoneó su voluntad, creó sus ambiciones, forjó sus energías en el yunque de las dificultades y aun a su continente y apariencia le dio el garbo y apostura de la abundancia. Y así como en otras regiones empañadas por las brumas norteñas, se hacen los hombres taciturnos, melancólicos, sombríos, aquí se tiñó el espíritu de los habitantes con la luz y la alegría de esta comarca bendecida.

El Valle por antonomasia y sus habitantes, como que se han compenetrado, entre él y ellos ha habido siempre un constante dar y recibir, y en esta confederación inmortal y profunda, el ciudadano y la tierra se enlazan y envuelven en influencias recíprocas, se complementan y en cierta manera forman un conjunto indivisible y un todo armónico y completo que luégo va a sumarse, mas sin menoscabo de su fisonomía propia, con las demás calidades y excelencias que florecen en otras regiones y que ensambladas entre sí, constituyen el alma nacional.

Porque yo supongo que la patria común es, como todo organismo social, una síntesis de entidades vivas, diferentísimas entre sí e inconfundibles por su actividad, pero muy bien concertadas y razonablemente unidas en obsequio a una finalidad que de ellas resulta y a ellas aprovecha conforme a leyes inmanentes de equilibrio y de proporción que para el cristiano se subliman en leyes de caridad altísima.

Basta esto para persuadirnos la legitimidad del alborozo y ufanía con que estáis celebrando el natalicio de vuestra ciudad. Homenaje debido a la gesta preclara que aquí

se ha desarrollado y testimonio insigne del aporte de merecimientos que habéis hecho entrar en el común tesoro de las glorias colombianas, y en uno y otro caso, afirmación ejemplar del culto y del amor que se merece la Patria que es la República entera, y la Patria que es esta porción suya, de tantas maneras favorecida y privilegiada.

Veinte años há, pasé como peregrino de un día y como viandante ocasional por estos mismos sitios. Traía en los ojos la visión resplandeciente de estas zonas en donde parece perseverar la frescura y exuberancia de la Creación primera y en donde el Sol oriente se despoja de sus rayos para dejar ver fraguas de oro y el poniente se arrea con fulgores y hechizos no imaginados por la fantasía ni aprisionados exactamente por el arte. Lo que esta sucesión de espectáculos podía engendrar en un espíritu menos oprimido por los años, no es difícil adivinarlo: asombro contemplativo y ensañación ilimitada, gozosa suspensión del ánimo ante la novedad del descubrimiento y expectativa anhelante de otras y otras emociones. Unimismábase y fundíase entonces este ánimo hecho al parsimonioso y monótono halago de las altas sabanas, con el prodigio de la feracidad tumultuosa y de las lumbres transfiguradoras, y sobrecogido por este andar constante de claridad en claridad, quedábase como enajenado, inerme además para atender a otra idea que no fuera la de una pujanza agobiadora e incansable.

Pero otro día, llegando a esta ciudad, las impresiones exultantes que embargaban el espíritu sufrían el contraste de la quietud meditativa y del ambiente colonial que hace cuatro lustros eran propios de Cali. Y no era, nó por cierto, que aquí se hubiera albergado una vetustez prematura, o una fatal resignación al olvido, ni era tampoco que la ciudad señoreada por tradiciones centenarias y embebida en sus memorias, no tuviera bríos y arrestos para re-mozarse y sorprendernos con un renacimiento propicio a todos los ensanches y adelantos. Era más bien que en ese silencio recogido y bajo de esas apariencias arcaicas, se recataba el vigor antiguo de los conquistadores y de los próceres, y mansamente iba transformándose en esta otra energía hacedera del bullicio y de la laboriosidad que ahora nos rodea.

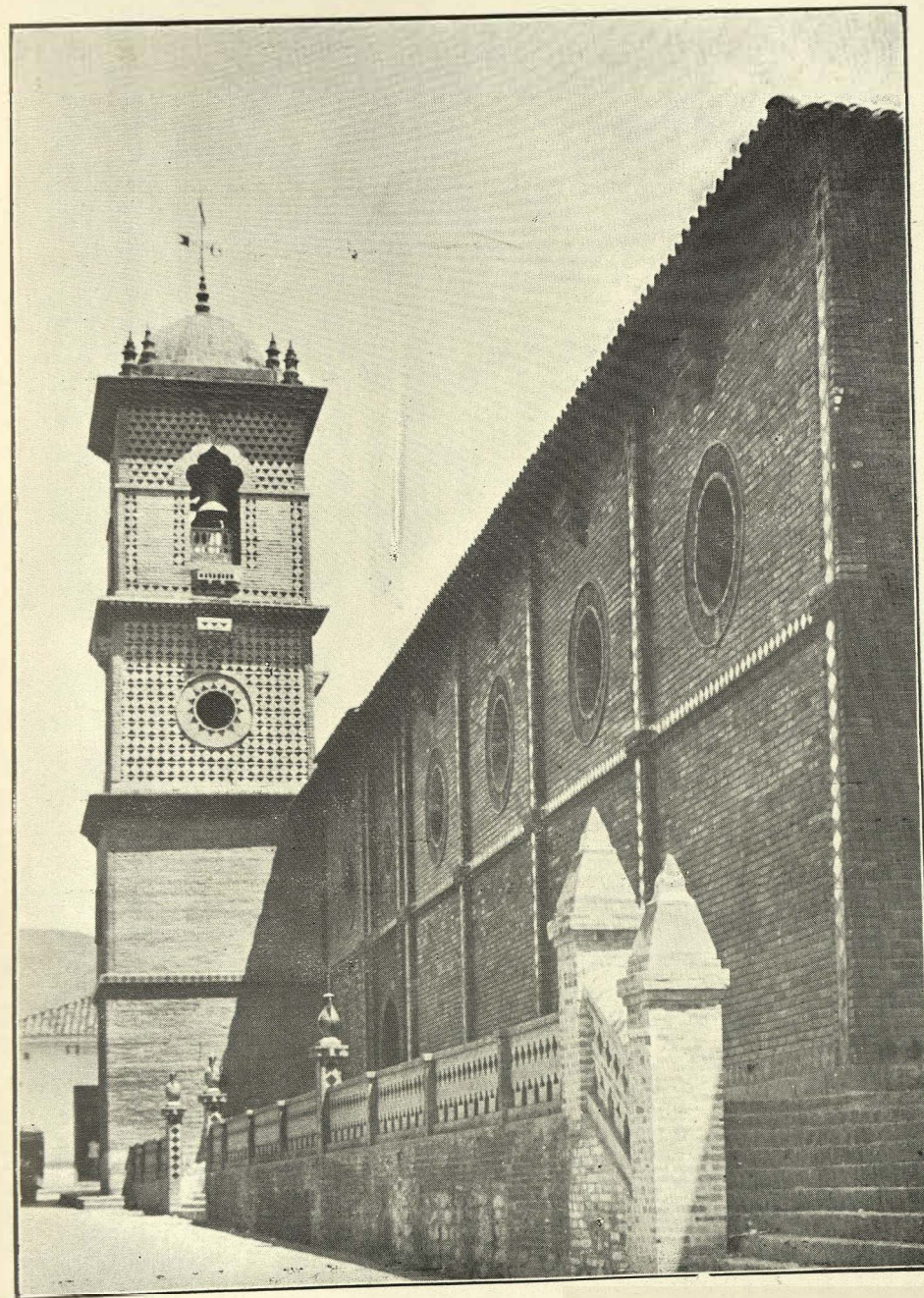
Si la experiencia cotidiana no nos lo hiciera palpar, ¿quién se atrevería a sospechar que en la envoltura rugo-

sa, parda e inmóvil que encierra a la crisálida va transcurriendo por sus términos forzosos el increíble proceso de una vida lenta y pausada cuando con tanteos vacilantes mide espacios minúsculos, y que luégo, sueltas las alas y vestida de esmaltes, centellea por los aires trazando arabescos tan inconstantes como el capricho o la ilusión, o abandonándose como plumón iridescente? Y es una misma vida la que allá se esconde en habitáculo austero y la que acá fascina relampagueando entre un rayo de sol. Transmutación arcana que si en todo tiempo ha valido como símbolo de las mudanzas a que están sujetas las vidas humanas, entiendo yo que es mucho más ajustado a realidad cuando se aplica a estos cambios y trasformaciones de los organismos sociales, llámense pueblos o ciudades. Idénticos son ayer y hoy si se considera la íntima virtud que los mueve, pero en los sucesivos períodos de su existencia, algunos ha de haber de aislamiento claustral, de inacción aparente y de escasas vicisitudes, durante los cuales la ciudadanía no se halla inerte. Observadores apresurados la calificarían de negligente o descuidada, y sería grave yerro, porque esa nudez superficial encubre como el capullo a la crisálida, la fermentación del porvenir; allí están acumulándose calladamente las fuerzas constructoras del futuro, allí las eternas ideas que moderan la perfección del hombre, buscan las circunstancias y modalidades en que deben encarnarse para impulsar los tiempos nuevos; allí los dictámenes inmutables porque se fundan en ley divina y en naturaleza humana, se desnudan de una forma de expresión tal vez arcaica y se arropan con otra más proporcionada a los días que se adelantan; allí las sacras tradiciones que ya ilustraron el pasado, descubren en sí mismas alientos de renovación para lo advenidero; allí la lengua que antaño se hizo color y música, blandura y aroma para regalar a la América hispana con el más popular de los idilios, adquiere las resonancias que son menester para marcar el paso de las marchas triunfales; allí en fin, la religión de vuestros mayores celosamente conservada de siglo en siglo reitera el milagro israelita de aquel fuego que a veces se alzaba consumidor y crepitante en las aras del santuario nacional y a veces se guarecía en escondrijo misterioso para tornar agigantado y resplandeciente a los altares en donde daba testimonio de la fe perennal y de las esperanzas inmortales de una raza.

Porque señores, vuestra presencia en este sitio y en tal día como hoy es la demostración más perentoria de esta energía sobrenatural que no puede desconocerse ni mucho menos abolirse sin perjudicar fundamentalmente el significado de una historia o la estabilidad y garantías de una civilización. Esta liturgia solemnísima que aquí nos congrega no sería posible si no fuera la expresión adecuada de una realidad arcana y perdurable que ha informado vuestras vidas desde aquel día en que Fray Santos de Añasco celebró la primera misa parroquial, tal vez en los parajes que luégo se honraron con la advocación de La Merced. Un espacio en que caben cuatro centurias nos separa de esa fecha, tan remota que parece confinar con la leyenda; cambios y variaciones indecibles se han sucedido desde entonces y de lo que fue otrora, del escenario material y de las gentes que lo llenaron, de los afanes e intentos que las urgían, de las solicitudes que los apremiaron, de las empresas que traían entre manos y de las venturas y malandanzas en que se vieron, no queda sino la docta narración justipreciadora de nombres y de datos y que con ser escrupulosa y erudita por extremo, todavía se detiene perpleja y sabiamente indecisa ante muchos problemas y cuestiones. ¿Qué ha quedado, qué permanece o qué subsiste de eso que se vivió en 1536? ¿Será posible, señores, que todo ello se haya trocado en memoria escueta, en sombra vana, en recuerdo impalpable y que entre esa época y la presente, no haya más comunicación ni más continuidad que la muy sutil que es arquitectura de la fantasía cuando lanza puentes mágicos para salvar el apartamiento de los siglos o cuando los junta y relaciona con la misma esplendorosa inconsistencia con que el arco iris reúne bajo su luciente curvatura las más desviadas dejánias? Y otra vez me pregunto qué nos ha quedado de la pasada edad, interrogación angustiosa porque los hombres y sus hechos al entrar en la historia, como que se reducen a meras abstracciones, y aun habrá quien piense que convertidos en nombres sonoros y desposeídos de las energías que antaño los meneaba, ya no pueden alargar su influjo sobre las generaciones subsiguientes. Así juzgará muy a la ligera el que ojeando los anales de un pueblo pase ante ellos como ante un osario donde el montón de vértebras enjutas da fe de numerosas existencias, pero guarda atroz y lúgubre silencio sobre las certidumbres y los propósitos, sobre las ideas o los sentimientos, sobre el amor o la ambición que los informaron y

los hicieron dejar rastros y vestigios de su tránsito terrestre. Pero, nó; no es así como vosotros estáis conmemorando vuestra historia que es grande por los sucesos que registra y es admirable por la contextura potente y victoriosa que surgió al ademán imperativo de Belalcázar y que yo veo prolongarse en este alborozo de prosperidad que nos envuelve. Por lo cual a esa interrogación que me hice, vosotros responderéis alegando la supervivencia incontestable del pasado, mas no en lo que tuvo de accidental y transitorio, sino en su indeficiente virtualidad germinativa. Os ha quedado pues todo lo excelso y todo lo real y todo lo dinámico que Cali ha ido atesorando en el curso de una era y habéis realizado la máxima del austero Salustio, para quien las cosas y las instituciones no se conservan ni se realzan sino por obra de las mismas causas que les dieron el sér.

Ved la primera y la más trascendental en la fe religiosa que cuatro centurias atrás acompañó a vuestros fundadores y después de seguirles por las vías ásperas de la conquista, puso siempre el sello final, cuando se echaban los asientos de las poblaciones. Y no es que pretenda mostraros aquí a las terribles mesnadas de los expedicionarios españoles, dóciles y sumisas a las perpetuas admoniciones evangélicas de los misioneros; sé muy bien que hubo ocasiones adversas en que su voz no pudo moderar ni los furros de las contiendas jurisdiccionales ni el anhelo concupiscente de doradas riquezas, pero nos consta asimismo que hubo otras en que a la intimación hecha en nombre de Dios por hombres como Fray Hernando de Granada se sosegaron los que ya estaban para lidiar atrocemente o se redujeron a piedad los que a trueque de oro y de servicios atropellaban a los aborígenes inermes. Y sabemos con igual certeza que en la complicadísima urdimbre de fuerzas humanas que fue la Conquista, intervino mansa y ocultamente unas veces, dominadora y decisiva otras, con alternativas de desconocimiento y de reverencia, pero siempre actuante, la Verdad Cristiana que es fuste y semilla de la civilización auténtica. Por eso habréis notado la solicitud de los cronistas al registrar entre los actos que puntualizaron de manera oficial el nacimiento de estas ciudades mayores, la liturgia sacratísima de la primera misa. Conscientes del alcance del dogma que en ella se resume y de la gracia fecunda que de ella procede, la celebraron no como quien ejecuta un rito inane o una ceremonia consuetu-



Torre Múdejar de San Francisco.--Cali.

dinaria, sino con la precisa convicción de que siendo sustancialmente idénticos el Sacrificio del Calvario y éste purísimo e inmutable que a diario se ofrece en el altar, sus consecuencias habían de ser las mismas. Y ¡vive Dios! que ellas si lo miráis bien, son tales que por su realidad sojuzgan el ánimo sincero y por su amplitud sobrepujan las más audaces concepciones. Porque es un hecho, y hecho inconcuso y a más no poder positivo y experimental, que allá en las entrañas de toda esta civilización a que ha llegado la humanidad late y palpita el principio cristiano y la doctrina nueva que el único Redentor consagró con su Crucifixión y con su Muerte. Analizad despacio las máximas esenciales, los postulados constantes, los axiomas centrales en que reposan vuestra vida y su seguridad, vuestra bienandanza y sus garantías, y encontraréis que todo ello no es sino traducción y aplicación de la enseñanza y amaestramiento promulgados por Cristo. Que algunos rehusen entender o apreciar esta genealogía y descendencia, no es cosa que la perjudique en lo más mínimo, de la misma suerte que no se menoscaban las supremas leyes directrices de las artes mecánicas porque las ignoremos o las desconozcamos; lo que sí es patente, es que, sepámoslo o nó, cada vez que logramos un avance en cualquiera de los órdenes o actividades que enaltecen o prosperan a los individuos o a las sociedades, estamos usufructuando inconscientemente las normas y leyes que fueron sancionadas en la cruz. Y esto mismo aparece con más conspicua claridad si reparáis en los crímenes y en los delitos, en las lepras y desórdenes que pueden afean nuestra naturaleza, perturbar su anhelo perfectivo, crearle obstáculos o demorarla en la vía del progreso legítimo. ¿Son acaso estas calamidades y siniestros otra cosa que los mismos vicios y pecados que condenó y contra los cuales nos previno el Evangelio? Y cuando sufrimos injusticia y sin razón, cuando desfallecemos tocados por la malignidad y por el desafuero, ¿qué principios restauradores del orden y reivindicadores del derecho invocamos, sino las eternas leyes de equidad que dictó Jesucristo? Aun la legislación que al otro lado de los mares y donde estuvo la antigua Sarmacia, profesa la más radical aversión al Cristianismo, le hizo homenaje involuntario al consignar en su Código Penal muchos delitos de éstos que nuestra moral estigmatiza. Y es, señores, que hay una ley superior a todas las pasiones y desvaríos humanos, ley que nos obliga a contar con la sa-

biduría divina y a aprovecharnos de ella dondequiera que hay necesidad de establecer el orden o de volver por la dignidad humana o de estorbarle que se amengüe o envilezca o de asegurarle las creces que le son debidas. Ley que es, en suma, la ley que amaneció sobre el mundo al alzarse la Cruz y de la cual todos somos feudatarios y vasallos. Así, perdonadme la analogía, al aplicar a los usos cotidianos domésticos y civiles los inventos de los hombres geniales utilizamos sus descubrimientos y nos servimos de sus experiencias, sin acordarnos de la mente que hizo los unos y combinó las otras. Viven, por decirlo así, esos hombres en medio de nosotros por virtud de la inteligencia que ideó e hizo posibles y puso al alcance común estas maravillas del arte o de la ciencia, que son decoro y provecho de la vida, y acontece que apenas si nos hacemos cargo de que les somos deudores de beneficios tan impagables como permanentes. Y no de otra suerte, pero en esfera mucho más alta, los pueblos y las naciones labran su ventura y poderío aun en el orden material, merced a la justicia y al equilibrio, a la templanza y a la fortaleza y a las demás preseas espirituales que en último análisis son dádiva original del Cristianismo y que, ignoradas o desconocidas, justificarían el reproche que Juan el Bautista dirigió a las muchedumbres: "En medio de vosotros, está uno a quien no conocéis".

Palabras son éstas que tuvieron una realización infinitamente dolorosa en aquel tiempo; la han tenido así mismo y siguen teniéndola dondequiera que los hombres han renegado de los dictámenes supremos e insustituibles que son cimiento de su dignidad y antemural del sosegado y laborioso concierto que se requiere para que enjambren las abejas de la prosperidad. Pero esas palabras del Precursor clarividente no son para dichas en este sitio y en presencia vuestra. Todo proclama aquí la fidelidad de Cali al pensamiento augusto, al rito soberano que engalanó sus principios con auroras de pronóstico, y ya me parece ver, dóciles a la invocación reverencial que les dirigís en estos días, levantarse del polvo y sacudir la pesadumbre de los siglos a los claros varones que le dieron vida e independencia a esta noble ciudad. Aguzad, señores, los ojos del espíritu y permitid que vuestra mente memoriosa descubra lo que la vista material no percibe ni alcanza, y descubriréis una multitud de *presencias* que os acompañan en la celebración de este Centenario. Abandonando las remotas playas de la historia, vienen a saber de los resultados de

su obra y van a entrar en juicio comprobatorio con sus sucesores y descendientes. He ahí al Adelantado Belalcázar el de las jornadas incesantes, el que sembraba fundaciones para enlazar comarcas vastísimas y preparar los núcleos de la futura unidad nacional, el que llevaba en el ánimo y empleaba como estímulo la ilusión a toda hora renaciente de "El Dorado". Las soledades agrestes, las empinadas serranías que un día le vieron a la cabeza de ochenta jinetes buscando las fuentes del Calima, ya no son albergue de tribus errantes y feroces, ni resuenan con los alaridos ásperos de la barbarie; otros rumores las habitan y dan testimonio de una hacendosa actividad. Conquistadores hay aquí émulos y secuaces de Don Sebastián pero que no emplean la valentía tradicional en hazañas cruentas sino en la multiplicación de los bienes que son ornato y riqueza de la sociedad, por eso se oye el coro infantil de las escuelas, el crujir del arado, el martilleo de la pica, el golpear de las hachas sobre los troncos añosos, la acompasada vibración de los ingenios y el ritmo potente de las máquinas. Con estas notas, va componiéndose la sonata de la abundancia y de la paz, cuyo prelude alcanzamos a oír en el choque de los hierros que enristaban los expedicionarios españoles, en sus voces adustas cargadas de voluntad y de tesón, en el gemir y rechinar de la fatigada y herrumbrosa armadura del Adelantado Belalcázar.

Yo lo veo entrar hoy en este emporio que conmemora su nacimiento, hermanando en su arquitectura lo antiguo y lo moderno como están hermanados en su espíritu los imperativos de la tradición y el ímpetu hacedor del futuro. Lo veo entrar, digo, y detenerse pensativo ante las juventudes que acogéis con exquisita gallardía. Nunca jamás llegó en sus sueños a imaginar tanta mocedad prometedora, ni espectáculos como estos que traen a la mente visiones de la Hélade. Y sin embargo, los nervios esforzados, la resistencia vencedora, la tensión vigilante que fueron gala y prez de los conquistadores, aquí las tenéis hechas señuelo de la juventud, y esas virtudes antiguas son sin duda las que os han hecho abrir la palestra risueña y luminosa donde el ciudadano se agilita para que la defensa y laborco del suelo patrio no le sorprenda desmañado y bisono, o falta de aquella disciplina simultánea del cuerpo y del espíritu que hace de la carne sana, limpia y entera un habitáculo proporcionado a el alma noble y fuerte; linaje de ascética genuinamente cristiana cuya última perfección

se consuma en el reino sobrenatural ultrahumano y cuyos principios han de informar estos ejercicios y certámenes tan aptos para enaltecer la soberana hechura de Dios que fue postrimera en la creación para que compendiasse toda la beldad y el vigor esparcidos por el Universo.

Don Sebastián de Belalcázar, ha llegado en fin a esta catedral, y lo que ve bajo sus bóvedas es quizá lo único que no le sorprende, es, para significarlo de otro modo, lo único que le hace sentir, palpar y comprender la identidad de Santiago de Cali a través de las centurias. Ciertamente que la pompa de las circunstancias es singularísima, pero lo esencial, que es el sacrificio de acción de gracias a que asistimos, es el mismo que antaño vio ofrecer.

¡Cómo no recordar ahora en esta solemnidad, ante la inmutable liturgia del Catolicismo, aquella otra ceremonia, aquella escena tan sencilla y tan conmovedora que fue a repetirse dos años más tarde en la altiplanicie que vio nacer a Bogotá! Ante el altar rústicamente aderezado, oficia un sacerdote que ha desgarrado las plantas y el vestido en las marañas de las selvas primitivas; y al aire libre, con la frente al sol, mostrando los semblantes enérgicos y curtidos por los soles tropicales, está un puñado de valientes, doblegada la cerviz y depuestas las armas. El altar es de toscos leños, de estameña son los ornamentos; por incienso el agreste olor de la campiña; y no hay más voz para acompañar la voz del celebrante, que el murmullo del viento al pasar entre las ramas de la ermita, y por nota de órgano el sordo rebombar de algún torrente que se dilata y cunde por las oquedades. Y en medio de la soledad se estremecen aquellos hombres de acción al considerar que echan las bases de una nueva época y las santifican y las ungen con la fe y el amor que son inmortales y que entonces como hoy y como mañana son el tributo debido al que es Señor de todas las edades y Civilizador de todas las naciones". (1)

Han transcurrido tres siglos; no es ya Sebastián de Belalcázar quien toma posesión del Valle; es Cayzedo y Cuello, es Ignacio de Herrera, es Vallecilla, es el padre Escobar, es en fin, la pléyade insigne que de cerca o de lejos recibió inspiración del claustro rosarista, del Arzobispo Fray Cristóbal, la que inaugura la soberanía de la República en el territorio conquistado por los monarcas españoles. Se han

(1) Cita de J. M. Rivas Groot.

cambiado los gobiernos, han pasado las generaciones, el cóndor andino ahuyentó a las águilas imperiales, pero en el alma de nuestro pueblo permanece intacta la fe antigua como subsisten en la ciclópea estructura de las cordilleras y en la imperturbable serenidad de las llanuras los santuarios donde resuena una eterna palabra: "La verdad os hará libres".

Y así se perpetúa esa tradición de fe, así recogéis la insignia que de los conquistadores españoles pasó a manos de los libertadores americanos y de ellas a las vuestras para servir de estímulo y de guía en perdurables ascensiones. El claro ejemplo de los antepasados resplandece a través de los tiempos, brilla en la noche del pasado, como la luz de los soles extinguidos, que siglos después de apagarse aquellos astros, todavía cruza el espacio y llega a iluminar los ojos extasiados de los hombres. (1)

Señores:

A diferencia de los aniversarios individuales que son una cifra premonitoria de la final flaqueza, el centenario de una ciudad como la vuestra es un prometimiento de acelerada prosperidad. Como el Adelantado Belalcázar, lleváis en los ojos y en la mente "El Dorado", pero no ese fabuloso y simbólico que perseguía de comarca en comarca sino este otro real que por momento vais descubriendo y transformando en envidiable progreso.

Así debo, y así me parece saludaros en este día, y, testigo fugaz y conmovido de la inmensa labor que desarrolláis para el futuro, guardaré para siempre la imagen de este esfuerzo bendecido por Dios que va labrando una fábrica ingente, asiento de cultura y de grandeza, ante la cual, en el flujo y reflujo de la civilización, irán pasando gozosas unas y otras generaciones hasta aquella última que como un oleaje fatigado venga en día postrero a reflejar los albores de la eternidad.

JOSE VICENTE CASTRO SILVA
Rector, Colegial y Catedrático de
este Colegio Mayor.

(1) *Ibidem.*